



El contrato sexual

La evolución
de la conducta humana

Helen E. Fisher

El celo, el "estro" femenino, es el cebo biológico que moviliza a los machos. En la raza humana el celo cíclico ha desaparecido y es permanente. Esta disposición continua para la fecundidad logra fundamentar la asociación, la participación, el vínculo. El contrato sexual, origen del sentido de parentesco, del altruismo y del lenguaje, es el cimiento de todas las pautas de conducta que hoy día configuran la existencia humana.

¿Qué es lo que lleva al hombre y a la mujer a formar pareja duradera? ¿Por qué perdieron las hembras humanas su época de celo, convirtiéndose en las únicas hembras del reino animal que pueden gozar del sexo en todo momento?

Este libro analiza y responde éstas y otras preguntas basadas en una teoría antropológica que avivará la actual polémica acerca de los orígenes del hombre.

Índice de contenido

Prólogo

Agradecimientos

Al lector

Atletas sexuales

Antes de Adán y Eva

El enigma del eslabón perdido

Orígenes de la sexualidad humana

El contrato sexual

Las consecuencias sociales

Quién es quien

El don de la elocuencia

Unos cuantos trucos más

Nuestra banda

Sexo futuro

[Apéndices](#)

[Sobre la autora](#)

[Notas](#)

A mis padres

PRÓLOGO

Este libro aparece en un buen momento. Los creacionistas y los evolucionistas vuelven ahora a atacarse en público. Llevan ya haciéndolo con relativa continuidad unos cien años. La disputa tuvo sentido durante un tiempo, pues la ciencia decía una cosa, los textos otra y, dado que no existían demasiadas pruebas en que basarse, cada una de las partes podía utilizar las pocas disponibles para apoyar conclusiones diferentes.

No obstante, me asombra que la polémica siga en pie hoy, cuando disponemos ya de muchas pruebas que no refutan una remota creación y que, al mismo tiempo, apoyan la idea de que la vida actual es una transformación de la del pasado. El sentido básico de esto es realmente pasmoso: *¡todo lo presente es un reordenamiento de cosas que existían desde el principio!* Nada nuevo ha entrado en el sistema. De una u otra forma, existía todo desde el principio. Esta aseveración posee sin duda solidez y grandeza suficientes para permitir al menos que una parte tolere a la otra. Pero, según parece, hay en juego algo más que comprensión (ansia de triunfo, probablemente), pues en lugar de atender a la concordancia del cambio, ambas partes siguen voceando consignas que no han logrado convencer a nadie. Los personajes populares de la ciencia y los legisladores figuran concretamente entre los últimos que aceptan lo que casi todo el mundo da ya por sentado. Sospecho que la disputa persiste sólo porque ambas partes insisten en ello.

Por eso mismo, creo que es conveniente volver a repasar la trayectoria de la evolución humana, analizar de nuevo los viejos interrogantes. ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? Mientras avanzamos lenta y penosamente en el aprendizaje de las capacidades prácticas que necesitamos para lograr un puesto cómodo que nos proporcione poder e influencia como individuos, es fácil que olvidemos el valor práctico que tendrán para las futuras generaciones nuestro conocimiento y nuestra comprensión del pasado. Este libro es una historia de la evolución humana; otros contarán la historia de otro modo, partiendo de los mismos datos: un cambio de enfoque aquí, una relación distinta allá... Pero existe una diferencia esencial entre la interpretación que hace Helen Fisher de los datos y la forma habitual de explicar el asunto. Estamos habituados a oírsele explicar a hombres y estamos habituados también a que todo consista en cuotas desiguales de agresividad, caza, fuerza masculina, rapidez masculina, subordinación femenina e hijos como una carga al cuidado de las mujeres.

Helen Fisher lo reconsidera todo y descubre que se han destacado en exceso estos aspectos en comparación con otros aspectos extraños y, en cierto modo, descuidados, como los cambios sexuales que, por lo que se deduce, realizaron las hembras al principio de la diferenciación de nuestro linaje. La autora nos muestra en su reconstrucción que los cambios en la sexualidad femenina fueron tan importantes para la evolución humana como la adopción de la postura erecta y de la locomoción bípeda.

Helen Fisher nos explica la historia con claridad, utilizando dioramas verbales muy oportunos a lo largo del camino y nos muestra un paisaje que completa un cuadro ya de por sí extraordinariamente interesante. El libro no resolverá la polémica de los creacionistas y los evolucionistas (de hecho, añade leña a ambas partes para que el fuego siga ardiendo). Pero dará a otros una visión más equili-

brada y armoniosa del papel importante que han desempeñado todos (mujeres, hombres, niños) en el curso de la evolución humana. Todos interpretamos papeles importantes en esta obra y todos juntos estamos comprometidos en el proceso.

Jack Kelso
Profesor de Antropología
Universidad de Colorado

AGRADECIMIENTOS

Gracias, Herbert Alexander, Ray Carroll y Katie McAleenan, por vuestro estímulo constante. Gracias, Eunice Riedel, por tu inapreciable ayuda editorial.

Debo también mucho a mis amigos Ned Barnard, Richard Berenson, Naomi Black, Bob Carneiro, Stan Freed, Pieter Greeff, John Gurche, Michael Harner, Pecky Mathews, John Pope, Carolyn Reynolds, y a mi madre, por sus aportaciones. Gracias también a Jack Kelson y a los demás antropólogos de la Universidad de Colorado por mi preparación de graduada, a mis amigos de la Academia de Ciencias de Nueva York por ampliar mi concepción de la antropología, y a todo el equipo de Reader's Digest General Books, por mi experiencia editorial.

*Así pues, ¡qué quimera es el
hombre!*

*¡Qué novedad! ¡Qué monstruo,
qué caos, qué contradicción,
qué prodigio!*

*Juez de todas las cosas,
débil gusano de la tierra,
depositario de la verdad,
sumidero de incertidumbre y error,
vergüenza y gloria del universo.*

BLAISE PASCAL
Pensées

AL LECTOR

¿Eres el hombre más rico del país, la mujer más poderosa del mundo de los negocios, el chico *más listo* de la clase? La naturaleza no tiene en cuenta nada de eso. Cuando Darwin hablaba de la «supervivencia del más apto» no se refería a tus triunfos ni a tu talento. Se refería a la descendencia. Aunque tengas los pies planos, los dientes destrozados, la vista fatal, si tienes hijos vivos, eres lo que la naturaleza llama «apto». Has pasado tus genes a la generación siguiente y, en términos de supervivencia, has triunfado.

Ésta es la idea de la selección natural que expuso Darwin en *El origen de las especies* en 1859. Proponía también un segundo concepto suplementario: el de la selección sexual. Es decir, el juego del apareamiento, la lucha del quién se apareará con quién y con quién tendrá descendencia. Es un juego que juegan todos los hombres y mujeres. Y el ganar o perder en él determinará qué genes llegarán a la generación siguiente y cuáles quedarán evolutivamente estancados. Así pues, el juego del amor es importante. Hasta el punto de haber influido en todo el curso de la evolución humana, convirtiéndonos en las criaturas extraordinariamente eróticas que hoy somos.

Mas ¿por qué bajamos de los árboles, por qué desarrollamos evolutivamente senos grandes y penes grandes, por qué aprendimos a formar y mantener familias como «hombre y mujer»? ¿Por qué sienten los seres humanos culpabilidad sexual y celos? ¿Por qué somos promiscuos?

¿Por qué mentimos? ¿Por qué reímos? ¿Por qué somos los únicos animales que lloramos? ¿Por qué llaman los seres humanos tía o primo a otros, por qué temen el incesto y se atienen a normas que indican con quién han de casarse y con quién no? ¿Por qué nuestra infinita combinación y recombinación de chillidos, siseos, arrullos y gruñidos para formar palabras complicadas? ¿Por qué teorizamos sobre la vida, nos preparamos para la muerte, hacemos el amor y la guerra?

Los antropólogos no conocen aún la evolución de la conducta sexual y social del hombre. Contamos sólo con indicios, deducidos muchos del estudio de nuestros parientes inmediatos, los monos y los grandes simios (chimpancés, gorilas y orangutanes). Proceden otros del estudio de nosotros mismos, de los seres humanos actuales de todo el mundo, y de nuestros restos del pasado.

Pero no tenemos en realidad muchos datos y es peligroso relacionarlos y unirlos. A veces, los autores profanos tergiversan los datos y los interpretan mal y sacan conclusiones ridículas sobre nuestro pasado. Los científicos evitan, en general, las elaboraciones teóricas amplias por miedo al ridículo. Y los pocos que disfrutaban trabajando en el laberinto de los orígenes del hombre, pasan prácticamente por alto el aspecto sexual: la chispa que, en mi opinión, encendió toda la vida social humana.

Explicaré, pues, la historia del sexo humano, nuestras comunes raíces humanas y por qué somos los seres más complejos del planeta. Y una pequeña aclaración final: aunque los datos de este libro son el producto de muchos años de investigación técnica de muchos científicos consagrados (a los que estoy sumamente agradecida), la hipótesis y la síntesis son mías. Se derivan de mi tesis doctoral y de mis investigaciones posteriores. Y, como deseo divulgar la antropología, decidí escribir este libro para el público general, utilizando en él materiales de diversas ciencias, propongo una posible secuencia temporal de la evo-

lución del hombre e ilustro los puntos fundamentales reconstruyendo la vida humana primitiva. Espero que estas teorías estimulen nuestras ideas sobre cuáles fueron nuestros orígenes y por qué hacemos las cosas que hacemos.

H.E.F.

ATLETAS SEXUALES

*Oh, viento del Oeste, ¿cuándo soplarás
para que al fin llovizne?*

*Ay, ¿cuándo estaré de nuevo en la
cama*

con mi amor entre los brazos?

ANÓNIMO

En los Estados Unidos, las parejas hacen el amor de una a cuatro veces por semana. Aunque según Clellan Ford y Frank Beach (pioneros en la investigación del comportamiento sexual humano) es poco para niveles humanos, cuando no estamos haciendo propiamente el amor solemos estar preparándonos para hacerlo. Hombres y mujeres compran ropa para atraer al otro sexo, coches para impresionarle, alimentos para lisonjearle (los publicitarios lo saben muy bien). En el periódico matutino se ve a una joven de largas piernas entre una multitud de pretendientes, ataviada con ese traje que debiera poseer toda mujer. En los anuncios de coches se ve a un varón robusto y elegante conduciendo ese coche que todo hombre debiera comprarse. Los desodorantes, los tónicos capilares, los dentífricos, las recetas culinarias, las vitaminas, las cla-

ses de ejercicio, los clubs deportivos, los afrodisíacos y un sinfín de bienes y servicios, ofrecen sexo hoy.

Nos rodean las llamadas al apareamiento de las novelas románticas. Películas y seriales televisivos vuelven una y otra vez sobre los temas amorosos. Las canciones populares de todo tipo, la ópera, el jazz y el rocanrol exaltan el éxtasis del amor. Dibujos, fotos y cuadros reproducen el placer amoroso. Reímos con chistes sexuales, jugamos juegos sexuales, nos contamos historias sexuales. Coqueteamos unos con otros en el trabajo, nos exhibimos para otros en la calle, nos cortejamos en restaurantes, bares, salas de bailes, fiestas. Utilizamos posturas, ademanes, gestos, indumentaria, tono de voz y movimientos de los ojos para cortejar al otro sexo. Y cuando atrapamos a un individuo del otro sexo, dedicamos mucho tiempo a hacer el amor con él en la cama.

Los indios cayapas del oeste del Ecuador son uno de los pueblos sexualmente más reprimidos del mundo. Los hombres se pasan muchísimo tiempo tomando ron en las chocitas de la aldea, a orillas del río Cayapas. Son tímidos con las mujeres, a quienes consideran sexualmente agresivas. A veces algún individuo audaz recurre al «rastreo nocturno» para buscar esposa, pero la mayoría depende para encontrar compañera de matrimonios arreglados. A muchos han de obligarles a casarse. Para los cayapas el mundo es canibalesco y amenazador. Aluden al coito como la vagina devorando al pene, uno de los muchos temores sexuales que impregnan la vida sexual cotidiana de este pueblo de agricultores y cazadores. Pero, curiosamente, hasta entre los cayapas la mayoría de los varones se jactan de tener relaciones sexuales unas dos veces por semana.

Los seres humanos tienen relaciones sexuales con regularidad en todo el mundo y en muchos lugares se han creado rituales destinados a mantener viva la atracción. Los esquimales recurren por tradición a un juego que llaman «apagar-la-luz» para hacer cambios de pareja. Cuan-